

—¡Todo! gritaron á la vez los gemelos.
 —Los arranques de estos muchachos, pensó Eduardo, se parecen mucho á los de mi querido Pablo Martínez.
 —En la orden del día se dará á reconocer á Juan y Simón Torreños, como ayudantes del general de brigada Eduardo Fernández.

CAPITULO CUARTO.

DOS LOBOS.

I

El teniente coronel Martínez comprendió desde luego que sería seguido con tenacidad por los agentes de Maximiliano, una vez que se supiera la ausencia de Guadalupe.

El guerrillero no se había engañado.

El capitán austriaco y su gente tomaron el camino que les pareció más probable que hubiera elegido Pablo Martínez, mientras éste se dirigió á todo escape rumbo á la ciudad de México, hasta detenerse en San Agustín de las Cuevas.

II

San Agustín Tlálpam es uno de los pueblos más hermosos del Valle de México.

La ciudad está escondida en grupo de peñas y de árboles. Parece un nido entre las ramas de un fresno.

Su paseo del *Calvario* es bellissimo.

Sobre las lomas cubiertas de verdura hay una capillita, y á corta distancia se levantan los magníficos edificios de la fábrica de hilados, como un palacio encantado.

Por las noches se vé todo iluminado y se percibe el ruido del agua sobre la rueda motora, que asegura ser la *segunda del mundo* en sus dimensiones.

La ciudad despide al pasajero que sigue rumbo para México, en una calzada de árboles frondosos que se prolonga un cuarto de legua.

Aquel suelo encantado está cubierto de flores, y atravesado por manantiales purísimos que se saturan en las matas profusas de la zarza.

Allí todo es fresca, aromas, brisas y flores.

Tlálpam es el paraíso del Valle.

La querida del primer emperador, llevó la corte á aquel sitio pintoresco, estableciendo una lujosa *feria*, en cuyos días se daban bailes magníficos y se jugaban al azar cuantiosas.

Desapareció el primer imperio y con él ese boato proverbial.

Queda hoy la caricatura de aquellos tiempos fabulosos.

Las *partidas* donde se ostentaban raudales de oro, quedan sustituidas por garitos inmundos donde se escamotea hasta una miserable suma.

El vicio del juego absorbe la feria, las demás diversiones quedan suprimidas, dejando en pie esa farsa sangrienta y ridícula de la lid de gallos, en cuyo teatro se dejan conocer las notabilidades en la fullería y la estafa.

La autoridad ha levantado aquella carpeta enmohecida, y la ciudad que se alimentaba con el oro de la *feria*, amenaza ruina.

Si un día vuelve la vista hacia las fábricas que viven de sus aguas, encontrará en el trabajo una reconstrucción.

III.

San Agustín abrigó á los guerrilleros de la revolución reformista.

Aureliano Rivera tomó en esa ciudad su nombre y su prestigio, como otros héroes en la época de la *insurrección*.

En el tiempo á que se refieren estos apuntes, Tlálpam presentaba un aspecto sombrío.

Todas las jóvenes que como aves del verano dirigían su vuelo á sus floridos campos y á sus bosques frondosos, se habían alejado al turbarse la dureza de la atmósfera, con el humo de la pólvora y el vapor de la sangre.

Tres prefectos habían sido asesinados.

Varias versiones corrían sobre estos asesinatos, creyéndose por algunos que todo había sido accidental y ajeado á la política.

El hecho es que tres autoridades habían pasado á mejor vida en un interregno demasiado corto, y que Tlálpam era la capilla de los procónsules del imperio.



IV.

El General D. Tomás O' Horán, fué enviado á Tlálpam para contener los avances revolucionarios.

Si O' Horán no hubiera bajado á la tumba llevando en su frente el sello de la justicia humana, daríamos algunos rasgos notables de su biografía.

Nuestra pluma se detiene ante la tumba, sobre esa piedra está el ángel de la justicia de Dios.

O' Horán era republicano, y circunstancias particulares lo obligaron á servir al imperio.

Una vez abrazada esa causa era inexorable.

Educado por el asesino de Tacubaya, entraba sin temor en esas saturnales de crimen y de sangre.

O' Horán estaba receloso, temía ser asesinado por los republicanos, procuraba fingirse amigo de los juaristas, diciendo en sus conversaciones íntimas, que solo servía al emperador, pero que detestaba á los franceses.

Las guerrillas llegaban á inmediaciones de San Agustín noche por noche.

O' Horán había fusilado á multitud de personas, entre ellas, á un doctor Muñoz, acusado de complicidad con Vicente Martínez, otro guerrillero del mismo apellido que nuestro conocido y amigo.

Tlálpam estaba aterrorizada.

A un lugar donde se arrojaban los cadáveres de los fusilados, le llamaban *El campo de los muertos*.

La corte marcial tenía un padrón para calcar sus sentencias y la sangre empapaba aquel lugar otra vez de placer y regocijo.

La prensa se complacía en publicar los partes, aplaudiendo sobre aquellas hecatombes que provocaban la cólera divina y la execración humana.

En toda la extensión del territorio pasaban hechos semejantes.

V

No queremos dejar desapercibidos en las páginas de este libro, ciertos hechos que la historia presentará más tarde á la faz del mundo, como el padrón de infamia de esa aventura descabellada de la Francia en América.

Entre la emisión de bandidos enviados por la Europa, entre esa inmigración de bandoleros y asesinos, vino el coronel Dupin, ese miserable, cuya vida cargada de crímenes lo ha hecho célebre en México, en Europa y en todos los lugares donde los soldados de la Francia han entrado á saco y en son de guerra.

Dicen que Napoleón III tiene á este verdugo en alta estima y lo prueba ese gran número de condecoraciones que cubren su pecho, en las que descuella la de la *legión de honor*.

Desde que ese hombre la porta, esa cruz está deshonrada para siempre.

Dupin fué mandado como un azote al Estado de Tamaulipas.

Lo inauguración decidió de su conducta en el porvenir.

Llegó como una fiera en pos de sangre y de matanza.

Preguntó desde luego por el joven Darío Balandrano, que tanto se ha distinguido por su firmeza en los principios republicanos, que ha sostenido con éxito en los campos de la política.

Dupin mandó incendiar su casa habitación, y publicó un edicto para que las personas que tuvieren algunos bienes raíces ó muebles pertenecientes al joven patriota, los denunciassen en el acto bajo penas severísimas.

En aquellos momentos, le presentaron á dos infelices acusados por sospechas de connivencia con los guerrilleros; y sin más pruebas que el parte, mandó los fusilaran, y aquellos desgraciados fueron muertos en el acto y colgados en unos árboles á la entrada de la población.

Dupin salió á expedicionar, marcando su tránsito por hecatombes sangrientas.

Por donde pasaba ese asesino dejaba huellas más terribles que las que marcan el tránsito de los salvajes.

Dupin jamás hizo un prisionero; todos los que desgraciadamente caían en su poder, eran pasados por las armas.

Las tropas republicanas lo escarmentaron varias ocasiones.

Entonces le acontecía como á todos esos hombres que se distinguen por su crueldad, se acobardaba hasta el terror, y huía cobardemente dejando comprometidos á sus soldados.

Maximiliano no quiso nunca recibirlo en audiencia; aquel ente miserable le repugnaba.

Dupin tenía una fisonomía de bandido.

Una barba larga y desordenada, cubierta con la nieve de una vejez estúpida.

Ojos pequeños como los de la víbora, frente chata y aplastada como la de las panteras.

Cargado de hombros, membrudo y encallecido en los caminos y encrucijadas.

Había adoptado el traje nacional, y ostentaba en sus arreos la plata robada.

Sus caballos eran magníficos.

Dupin no tenía afección más que por la *Sangre y el oro*.

Matar á un hombre después de haberle robado, era su bello ideal.

Si un soldado cometía alguna falta, sin atender á sus antecedentes, y por hacer alarde de energía, lo mandaba fusilar.

Una vez sorprendió á una anciana y á su joven hija, que llevaban ropa para un guerrillero, y ordenó que fuesen colgadas.

Los soldados cumplieron esta orden.

La joven estaba en cinta.

Si en una población aparecía muerto un francés, aunque fuera de muerte natural imponía un préstamo que entraba en sus fondos particulares ó incendiaba el pueblo, y sus soldados entraban á saco entre las llamas, entregándose á excesos repugnantes, al robo y al asesinato.

Dupin pasaba después por aquellas cenizas, gozándose en los campos de muerte y desolación.

Ese azote de la humanidad, ese mónstruo de la barbarie, fué condecorado con la cruz de Guadalupe, y trémulo ante la revolución, cuyos pasos majestuosos se sentían vibrar sobre el suelo talado de la patria, huyó cargado con sus robos á Francia, y hoy despliega toda su crueldad en las desgraciadas poblaciones del Africa.

La circular del 3 de Octubre se escribía con sangre en la frente de la nación.

La sangre derramada bajo la sombra maldita de esa ley, hubiera bastado á ahogar á los que la firmaron.

Los extranjeros que fungían de autoridades, se distinguían en la perversidad y en la matanza.

O'Horan era guatemalteco.

VI.

Pablo Martínez y su caravana llegaron á las orillas de Tlalpam, y se internaron en el *padregal*, esperando la noche.

Don Serafín y Enrique, que hacía tiempo campeaban por su cuenta al lado de Martínez, habían llegado á tomar gran cariño por el guerrillero, que los trataba perfectamente, cuidándolos como á dos damas, pues se compadecía á la vista de aquellos jóvenes, salidos de las comodidades de su hogar á los trabajos de la revolución.

Guadalupe estaba sentada sobre una roca, llena de tristeza, teniendo sobre su regazo la cabeza del guerrillero que dormía profundamente.

Don Serafín hablaba en voz baja con Guadalupe, y el asistente hacía la guardia.

No esté usted triste, señorita, decía Don Serafín, ya va usted á llegar á México, ese México que es el encanto del mundo entero, es decir, de todos los que hemos nacido en la república.

—Yo le conozco muy poco, dijo la joven; soy nacida y criada en Michoacán; aquello sí que es encantador, será por el recuerdo de mis primeros años.

—Pues yo, replicó Don Serafín, nunca he salido de la capital hasta ahora, lo mismo que mi amigo Enrique; ese muchacho es atrevido, si los hay.

Si supiera usted un lance que tuvo en Cuernavaca ¡oh! es horrible.

—¿Pues qué le ha pasado que yo nunca oí su nombre?

—Estaba apasionado de una muchacha: según él decía, era un ángel, un serafín, una divinidad; ¡ay señora! esas apariciones suelen costar demasiado caras.

La niña tenía un apasionado que rondaba las rejas.

Una noche se encontraron los dos rivales, y hubo una de Dios es Cristo; vinieron á las espadas, y el austriaco, que tal era el galán, quedó muerto de una estocada.

El semblante de Guadalupe se inmutó visiblemente.

—El joven continuó, Enrique, y yo! somos discípulos del viejo Martel, de ese genio en el florete; ¡demonio! si Barrabás se le para delante, lo ensartaría como mosca en un alfiler.

Ese viejo de vientre levantado como un hidrópico, es el Grissier mexicano. Nosotros éramos sus discípulos más adelantados, motivo por el cual estamos hoy en la guerrilla.

—¿Con que ese joven es el enamorado de la muchacha de Cuernavaca?

—El mismo, señorita; suele acordarse de su bella desconocida. Hoy al amanecer que ha visto á usted, se ha disipado su tristeza, está alegre como una golondrina. No pude menos que preguntarle por cambio tan repentino.

—Es de llamar la atención.

—El me ha cor testado, que como hace tiempo que no le dirige la palabra á una señora, está loco de alegría.

—Es un buen muchacho, dijo con ternura Guadalupe al recordar los cuidados que le prodigaba.

—Yo estoy desesperado, dijo Don Serafín, esta vida me trae inquieto; figúrese usted que estoy enamorado.

—¿Y correspondido?

—No, pero es lo mismo; mi novia ama á un estudiante de medicina.

Guadalupe se sonrió.

—Ese rival es temible, el día menos pensado puede darme una dosis de estriquina, dándole el espectáculo á nuestra amada, porque los dos la amamos, de verme reventar como una bomba. La chica es muy guapa y esto me tiene violento; fíjese usted que al cuasi-médico le dé la humorada de robársela ó de casarse, soy hombre perdido, un hombre al agua.

—Cómo pueden apasionarse ustedes de una persona que los desdeña?

—Es muy fácil..... enamorándose. No hay cosa más sencilla que amar á una mujer; tienen ustedes un atractivo, tanto imán, que nos declaramos vencidos á las primeras de cambio. Yo soy muy combustible, me incendio al ver una mujer siempre que ésta sea hermosa; porque las feas están fuera de mi comunión. Si usted no fuese quien es, ya estaría yo de rodillas ante usted, lo que sea dicho entre paréntesis, me vendría muy mal, porque las rocas de ese "Pedregal" son durísimas.

Guadalupe se volvió á sonreír.

—Si me oyera Martínez, me espabilaba de un revés; la fortuna es que duerme como un bien-aventurado.

El teniente coronel hizo un movimiento que indicaba que pronto despertaría.

—¡Cáscaras! exclamó don Serafín, si me habrá escuchado?

—No tema usted, dijo Guadalupe, sé lo que valen las galanterías y le agradezco á usted su afecto.

—Como que es grande, señorita; si alguna vez necesita usted de mí, no hay más que decir: "esto quiero" y será cumplido al pie de la letra.

—Le tomo á usted la palabra.

—La mano, dijo Don Serafín.

La joven tendió la suya, blanca y bellísima como la Vénus de Praxíteles, y oprimió la de Don Serafín.

VII.

El crepúsculo había tendido sus sombras en el valle, cubriendo con una gasa oscura la ciudad de México, que se dibujaba á lo lejos con sus torres y sus edificios como una línea blanca en el fondo del horizonte.

Algunas luces comenzaban á brillar en las casas de Tlálpam, y por las rasgadas ventanas de la fábrica, salían los rayos de esa luz purísima del gas que alumbraba el establecimiento.

El aire se había levantado, y murmuraba en las hojas de las ramas y los arbustos.

Por las veredas del "Pedregal" se oían los pasos de algún transeunte que bajaba á San Agustín.

Todo estaba perfectamente tranquilo.

Pablo Martínez bajó por esa cuesta que conluce de la fábrica á la ciudad, se detuvo en una casita construida en uno de los callejones, dejó allí á su hermana y compañeros, y se dirigió á la prefectura, donde el general O'Horán tenía abierto su despacho.

VIII.

El prefecto de Tlálpam estaba en su buíete, y tramitaba los expedientes con despejo y habilidad.

Los reos que le eran presentados estaban confusos y temblando en su presencia.

De aquellos labios no se desprendía nunca la palabra perdón. Si ponía en libertad á algún desgraciado, era diciéndole mil insolencias y haciéndole advertencias terribles.

El secretario estaba pendiente de sus indicaciones, y no osaba aventurar una sola pregunta, aunque tuviese duda sobre los negocios.

El despacho había terminado.

El secretario salió á la pieza inmediata, y preguntó si alguien quería hablar al señor prefecto.

Adelantóse Martínez, penetró resuelto en el despacho de O'Horán, y cerró la puerta de comunicación.

IX.

El general levantó la cabeza y se encontró frente á frente del guerrillero.

O'Horán comprendió que estaba perdido, y no intentó llamar en su auxilio, sino que esperó sereno el choque de su enemigo.

—¡Ab! dijo, ¿es usted Martínez?

—Sí, respondió fríamente el guerrillero.

—Se expone usted demasiado al andar por estos terrenos.

—No tanto, contestó Pablo Martínez; ya nos conocemos, señor general, hemos militado juntos en la revolución progresista, y los dos sabemos á qué atenernos.

- O' Horán se tranquilizó.
- ¿Luego viene usted como un amigo?
- Sí, general, como un amigo que necesita de los servicios de su antiguo compañero.
- Estoy completamente á las órdenes de usted.
- ¿Sin reserva, general?
- Sin reserva y bajo mi palabra de honor.
- Lo de siempre, dijo para sí el guerrillero.
- Hable usted, que deseo servirlo.
- Pues bien; yo necesito llevar á una mujer á México, y volver á salir sin que se me interrumpa el paso.
- Si eso es todo, es negocio concluido. Llevará usted pasaporte, é irá como un enviado mío á dejar unos pliegos urgentes á la comandancia francesa.
- Las cartas de Urías, pensó Martínez.
- Mi carretela va á conducir á usted en este momento.
- Acepto.
- O' Horán, tocó la campanilla, ordenando que se pusiese inmediatamente el carruaje, y entregó los pliegos á Pablo Martínez.
- ¿Qué tal va de imperio? preguntó el guerrillero.
- Muy mal, la revolución se viene encima, y todo está de los diablos.
- Yo le aconsejo á usted que no se vaya muy de bruces, porque se compromete terriblemente.
- Mi posición es angustiosa, le debo favores personales al emperador.
- ¿Qué emperador? preguntó con sorna Pablo Martínez.
- O' Horán, continuó:
- Por un lado mis amigos y partidarios, y por otro mis deberes que son sagrados. No hago más que cumplir las órdenes, y cargo toda la responsabilidad de hechos en los cuales no tomo parte sino como ejecutor.
- Es mal papel.
- Creo que la revolución me necesitará, y espero el momento de abrazar mi antigua bandera.
- Hay muchos agraviados.
- Serán fáciles de contentar. Yo probaré, exponiendo mi vida, mis proyectos al adherirme al imperio, que no son otros que los de servir á la República.
- ¿Y tantos fusilados, general?
- Los franceses, Pablo Martínez, los franceses á quienes no podemos contrariar.
- Ya sabemos que ellos son los dueños de la situación, y que mandan á ese hombre que ustedes le dicen emperador.
- El mariscal es el todo del gobierno.

- Sí, dijo Martínez; es el tutor de ese señor soberano que está á las órdenes de Napoleón, según me han dicho mis jefes.
- Es verdad.
- Pues decídase usted á venirse con nosotros; todavía es tiempo, y acaso mañana será tarde.
- Mucho lo temo; sé que voy por una pendiente resbaladiza que va á parar á un abismo.
- Hay mucha gente levantada, dijo el guerrillero; estamos como en tiempo de la reforma.
- Aún no se sabe definitivamente la retirada del ejército francés.
- Pero sí se sabe que no vendrá más, y á estos los acabamos de uno en uno, en eso no hay duda.
- Vienen á reforzar el ejército mexicano siete mil austriacos.
- El guerrillero soltó una franca carcajada.
- Esos señores de las plumas ya no pelean, están atemorizados y corren á las primeras descargas; en Zitácuaro tenemos muchos prisioneros, todos ellos se han dedicado á la cocina, y no guisan mal.
- Voy á escribir al General Riva Palacio; decididamente me marchó á Michoacán.
- No hará usted cosa mejor.
- Iré con usted.
- Nunca mejor acompañado, dijo Martínez, y por su mente atravesó como un relámpago esta idea: "A dos leguas de aquí, lo dejo colgado del primer árbol que encuentre."
- Un asistente avisó que el carruaje estaba dispuesto.
- Despidióse O' Horán del guerrillero, y éste salió de la prefectura.

X.

- Pablo Martínez llegó á la casita, sacó á su hermana, que puso en la carretela, y dijo á Don Serafín y á Enrique:
- Muchachos: nosotros á caballo, y llévense de mano el del asistente.
- Sube tú al pescante, dijo al soldado.
- Señor, la verdad..... la verdad.....
- ¡Sube con dos mil diablos!
- Mi teniente coronel, la vamos á pasar mal.
- ¡Que subas, con trecientos mil demonios!
- Dos soberbias patadas aplicadas al asistente, lo hicieron volar sobre el pescante, lleno de un terror pánico.

El asistente tenía razón que le sobraba. Basta saber su nombre para comprenderlo: se llamaba Estanislao Luna.

El carruaje echó andar por la calzada, escoltado por Martínez y sus dos compañeros.

Salieron de la garita, pasaron las haciendas de Coapan y San Antonio, y llegaron al puente de Churubusco.

Un coronel imperialista que tenía gusto particular en matar á cuantos juaíistas le venía á las manos, detuvo el carruaje para registrarlo.

—¿A dónde va esa carretela?

—A México, respondió Martínez.

—Y usted quién es?

—Ayudante del General O' Horán.

—¿Y qué lleva usted?

—Unas comunicaciones urgentes.

—Enséñelas.

—Aquí están.

Martínez presentó los pliegos, que el coronel registró con escrupulosidad, examinando los sellos de la prefectura.

—Bien, dijo, ¿y estos amiguitos?

Enrique y Don Serafín temblaron de pies á cabeza.

—Son mis asistentes.

—¿Y esa mujer?

—Es una señorita que el General O' Horán envía á México.

—Está bien, pasen ustedes.

—Ya me la pagarás, dijo Martínez, juro á Dios que esta misma noche te *cano*; y echó á andar á toda prisa.

Como á distancia de dos leguas de la capital, el carruaje hizo alto.

Estanislao Luna bajó del pescante y montó en su caballo con más gusto que si se hubiera sacado una lotería de la Habana.

—Muchachos, dijo Pablo Martínez, ustedes me esperan aquí, dentro de dos horas estoy de vuelta si no me atrapan los gabachos.

—Mucho cuidado, dijo Enrique, y estrechó la mano del guerrillero.

Los dos jóvenes se despidieron de Guadalupe.

La noche había caído negra como un paño de muerto.

XI.

Luego que el guerrillero se despidió de O' Horán éste se quedó profundamente pensativo: su porvenir era obscuro como un abismo.

Volver al campo republicano, era ir á una muerte segura, ó cuando menos á sufrir humillaciones y vergüenza que acabarían por desesperarlo.

Perder la posición que guardaba en el imperio, le era demasiado sensible, toda vez que desconfiaba del triunfo de la república.

Además pensaba en hacerse de una fortuna regular y salir en todo evento del país.

La llegada súbita del guerrillero lo inquietaba en extremo, su vida había estado expuesta y á la merced de aquel hombre feroz.

Martínez era el único que podía tener tal audacia, como la que acababa de desplegar en esa noche.

Era necesario deshacerse de él á todo trance.

Añadir una víctima más á tantas sacrificadas, importaba mucho.

Una sombra más sobre la conciencia poblada de espectros.

O' Horán luchaba con su destino que lo arrojaba en el camino de la fatalidad.

El desgraciado se fascinó creyendo que la Francia no se alejaría sin salvar á todos los comprometidos en la intervención.

Soñaba con el establecimiento del imperio y se decidió al fin por conservarse en las filas de Maximiliano. En uno de aquellos arranques desesperados, y cediendo al derecho de propia conservación, resolvió perder á Pablo Martínez.

Agitó con violencia la campanilla.

El secretario se presentó.

—Que llamen al comandante de la fuerza.

Mientras llamaban al jefe de las armas, O' Horán tomó la pluma y escribió:

“Pasará usted por las armas al guerrillero Martínez, que regresará á las dos de la mañana en un carruaje después de haber estado en la capital recibiendo órdenes en el directorio republicano.

La ejecución tendrá lugar en la calzada, sin permitir al reo entre en Tlalpam.

El buen servicio del imperio y las exigencias de la moral, impone el deber de purgar á nuestra sociedad de los bandidos que bajo un pretexto político, llenan de terror las poblaciones, entregándose á excesos que rechaza el buen juicio de la nación.

Esta prefectura tiene todos los antecedentes que denuncian á Martínez como á ladrón y asesino.”

El jefe de las armas se presentó en el despacho.

—Cumpla usted estrictamente, y bajo su más estrecha responsabilidad, lo que se le previene en esa orden, y mañana me da usted cuenta.

—Está muy bien, mi general.

—Es necesario concluir, dijo O' Horán; y se retiró tranquilamente á su casa donde reinaba una gran hilaridad en la tertulia.

CAPITULO QUINTO.

EL PADRE Y LA HIJA.

I.

Don Alfonso Rodríguez amaba á su hija con una ternura inmensa.

Ya hemos dicho que la madre de Clara había muerto á darla á luz, y que el afligido padre concentraba todo su cariño en aquel fruto hermoso de un enlace desgraciado.

Don Alfonso se propuso desde el día fatal en que perdió á su esposa, no contraer otro matrimonio y sacrificarse en aras del porvenir de su hija.

Clara había crecido bajo aquella sombra protectora, y desde sus primeros años ejercía un dominio absoluto en el ánimo de su padre.

Clara no había tenido jamás un novio, aunque una nube de pretendientes la tenía sitiada de continuo.

Clara resistía aquella guerra implacable que no había rendido sus banderas.

Llegó la vez en que su corazón sintió el fuego abrasador de sus primeras impresiones.

Desgraciadamente la joven se había fijado en uno de esos oficiales aventureros acostumbrados á jugar en una aventura el porvenir de una mujer.

Clara amaba con pasión al comandante de Demuriez y se sentía enloquecer sólo al recuerdo de ese hombre.

Demuriez estaba en la campaña de Sonora, á una distancia inmensa de la capital.

No se había olvidado de escribir continuamente á Clara.

La joven por su parte aprovechaba el correo oficial de la plaza francesa y su correspondencia era segura.

II.

Después de un silencio de dos meses en que Clara no tenía noticia alguna de su novio, se escuchó la conocida música del 99 de línea.

Efectivamente, el batallón más antiguo de la expedición francesa entraba por las calles de la capital.

Corría el rumor de que el ejército expedicionario se encontraba para retirarse definitivamente del país.

Clara atravesaba en su landó por las calles de San Francisco, cuando el regimiento desembocaba por la Plaza de Morelos.

El carruaje se detuvo y Demuriez se encontró de improviso frente á su novia, que dió un grito de alegría al conocerle.

En esos momentos la música tocaba el vals del Beso, que tanta sensación produjo en el mundo filarmónico.

Pasó el carruaje y Clara se dirigió inmediatamente á su casa, esperando noticias de su amante.

Demuriez envió una carta á la media hora.

Clara mía:

Después de una ausencia de dos años, vuelvo á tu lado amándote con más ardor y entusiasmo.

Esta noche pediré tu mano y entraremos en el mundo de felicidad que nos espera. Adiós.—Demuriez.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

